

S E R M O N
PREDICADO EL 28 DE SEPTIEMBRE DE 1908.
DURANTE EL CONGRESO MARIANO
EN LA BASILICA DEL PILAR
DE ZARAGOZA.

con señalar a los ojos atónitos de los griegos al altar de Dios desconocido, "Deo ignoto", en ellos mismos habían estado, ya Santiago, con sus discípulos, levantados desde los cimientos del templo del Pilar. Ya entonces cuando las lecciones son autorizadas de Santiago, discípulo de los Apóstolos, discípulo de Jesús.

Venit hora quando neque in monte hoc
neque in Hierosolymis adorabilis Patrem.
Viene la hora en que ni en este monte
ni en Jerusalén adoraréis al Padre.

Iohan, IV 21

Poético es el cuadro que nos ofrece Jesús, sentado junto al antiguo pozo de Jacob, y pidiendo de beber a la mujer de Samaria. La frecuencia con que se narra esta historia evangélica desde la cátedra sagrada, y la insistencia con que los pintores la han trasladado al lienzo durante diez y nueve siglos, no disminuye su celestial encanto, y siempre es nueva para el corazón del cristiano y del artista.

Entre las mil preguntas que hace al Divino Maestro su cismática interlocutora, encontramos esta, muy natural en una Samaritana, y que provocó la respuesta profética que aún hoy día no deja de verificarse. "Nuestros Padres, le dice, han acostumbrado tributar culto al Señor en este monte que nos presta su sombra. Vosotros los judíos, decís que sólo en Jerusalem se ha de adorar a Jehová. Tú que eres profeta, dime quién de los dos tiene razón." Acabais de oír la réplica de Jesús: "Creemelo mujer, ha sonado la hora de que ni en este monte ni en Jerusalem adorareis al Padre."

Al llegar una vez mas a las riveras del Ebro, yo os felicito, zaragozanos, por que en vuestra heroica ciudad se verificó por primera vez el vaticinio proferido por nuestro dulce Jesús. A qué repetiros historias que mejor que yo conoceis? No necesito pintaros al Apóstol Santiago, postrado con sus discípulos en este mismo lugar, implorando el auxilio del Señor en la difícil empresa de evangelizar las Españas. No es preciso hacer resonar en vuestros oídos por la vez milésima los himnos de los ángeles que conducían sobre sus alas a la Virgen Santísima, viva todavía y pasando, aún en carne mortal, los últimos de su peregrinación sobre la tierra. Mucho menos me toca señalaros con el dedo ese Pilar, vuestro norte y vuestro guía desde entonces, primer trono de la Madre de Dios y Madre nuestra.

Pero sí debo llamar vuestra atención, sobre el hecho para vosotros tan glorioso, de que éste fué el primer templo edificado en la nueva ley. Oscuras y antiguas son las tradiciones, y no es posible fijar fechas con precisión matemática; pero no creo desviarme de la verdad al afirmar que cuando San Pedro apenas podía celebrar los divinos misterios en el cementerio Ostriano, o en la casa del senador Prudente; cuando San Pablo se contentaba-

Venit hora quando natus in monte hoc
natus in Hierosolyma adorabilis Patrem
Veni hora en que ni en este mon-
te ni en Jerusalem adorabilis al Patre.

Iohann. IV. 21

Poético es el cuadro que nos ofrece Jesús, sentado junto al antiguo pozó de Jacob, y diciendo de beber a la mujer de Samaria la frecuencia con que se narra esta historia evangélica desde la cátedra sagrada, y la insistencia con que los pintores la han trasladado al lienzo durante diez y nueve siglos, no disminuye su celestial encanto, y siempre es nueva para el corazón del cristiano y del artista.

Entre las mil preguntas que hace al Divino Maestro su discípulo ca interlocutor, encontramos esta, muy natural en una Samaritana, y que provoca la respuesta poética que aún hoy día no deja de verificarse. "Nuestros Padres, le dice, han acostumbrado traer agua al Señor en este monte que nos presta su sombra. Vosotros los Judíos, ¿cómo es que aquí en Jerusalem os ha de agotar a Jehová. Tú que eres profeta, dime quién de los dos tiene razón." Acababa de oír la réplica de Jesús: "Creemelo mujer, ha sonado la hora de que ni en este monte ni en Jerusalem adorabilis al Padre."

Al llegar una vez más a las riberas del Ebro, yo os felicito, zaragozanos, por que en vuestra hermosa ciudad se verificó por primera vez el vestigio poético por nuestro Jesús. A -- que repetidas historias que mejor que yo conocéis? No necesario -- pintores al Apóstol Santiago, postrado con sus discípulos en este mismo lugar, impregnado el ambiente del Señor en la difícil empresa de evangelizar las Españas. No es preciso hacer resonar en nuestros oídos por la vez milésima los himnos de los ángeles que conducían sobre sus alas a la Virgen Santísima, viva todavía y presente, aún en carne mortal, los himnos de su perpetuación en que la tierra. Mucho menos es preciso señalar con el dedo al pilar, nuestro norte y nuestro guía desde entonces, primer trono de la Madre de Dios y Madre nuestra.

Pero al debo llamar vuestra atención, sobre el hecho para vosotros tan glorioso, de que éste fué el primer templo edificado en la nueva ley. Opacura y entigra son las tradiciones, y no es posible fijar fechas con precisión matemáticas; pero no creo desvirtuar de la verdad al afirmar que cuando San Pedro apenas podía celebrar los divinos misterios en el cementerio Catiano, o en la casa del senador Pudente; cuando San Pablo se contentaba

con señalar a los ojos atónitos de los griegos el altar al Dios desconocido, "Deo ignoto", que ellos mismos habían edificado, ya Santiago, con sus discípulos, levantaba desde los cimientos el templo del Pilar. Tal podemos deducir de las lecciones tan autorizadas de breviario Romano. "Nihil cuncta tus Apostolus, discipulis opem ferentibus, aediculam Deo dicavit."

Salve, templo santo cuán dichoso me siento al penetrar en tu milagroso recinto! Salve, Pilar augusto, que sostienes la venerada imagen de la Reina de los cielos. Salve, suelo privilegiado en que por vez primera ostentó su poder la Virgen Inmaculada y quebrató la cabeza del paganismo.

Fueron pocos, o muchos, los primeros discípulos de Santiago en España? Las lágrimas que vertió aquella noche de impercedera memoria en esta orilla del Ebro, fueron de desaliento por lo poco fructífero de su predicación, o de gratitud por la abundante mies que ya había recogido? Cuestión es esta que no quiero tocar; pero sí es cierto que si la misión del Apóstol, había sido estéril, la aparición de la Virgen la volvió fecunda; y si ya había alcanzado frutos opimos, la Reina de los Angeles los multiplicó hasta lo infinito. También es cierto que al poner sus divinas plantas sobre este Pilar, se constituyó paladión y defensora invencible de vuestra gloriosa ciudad y de la Fé de Cristo en las Españas. --- Igualmente es cierto que si la invocamos con fervor nos defende hasta el fin de los siglos de esas ideas funestas -- que vinieron hace cien años con los cañones de los enemigos y que ahora siguen invadiendo todo lo que es o ha sido español, con sus propias fuerzas y conducidas por el mismo Satanás.

Tales serán los tres puntos de mi discurso, breve y desaliñado; como que no esperaba dirigiros la palabra en este día fastuosísimo, y sólo la ausencia del elocuente Arzobispo florentino me ha obligado, con vergüenza mía y gran pérdida para vosotros, a subir a esta cátedra ilustre. Ebro sagrado -- enrojecido con la sangre de tantos mártires, y endulzado con las lágrimas del Apóstol Santiago, permite que yo también -- aumente tus ondas con mi llanto; llanto de amargura por mis culpas y las miserias sociales que vengo a lamentar en tus riberas; llanto de dulcísima devoción con que mezclo las palabras que dirijo a la augusta Reina del Cielo y de Zaragoza rogándole ante todo que inspire mis palabras y me dé aliento para que no resulten indignas de su pueblo privilegiado, y -- de los egregios próceres aquí congregados.

Este es el templo del Pilar, se habla de la multitud de santos y confesores que surgieron en este suelo español desde que María se fijó en las riberas del Ebro. Se repite

con señalar a los ojos atónitos de los que se acercaban a él, que él mismo había sido un hereje, que él mismo había sido un hereje, que él mismo había sido un hereje...

La Virgen Inmaculada y purísima, que en su seno concibió a Jesús, se apareció en la noche del 15 de agosto de 1538...

En esta ocasión, la Virgen Santísima se apareció a los pastores de Guadalupe, y les reveló que ella era la verdadera Madre de Dios...

La Virgen Santísima se apareció a Juan Diego en el mes de diciembre de 1531, y le reveló que ella era la verdadera Madre de Dios...

LA VIRGEN

La Santa Iglesia ensalza a María como destructora de las herejías. "Gaude Maria Virgo", nos hace cantar a cada paso, "cunctas haerese sola interemisti in universo mundo". Pero, salvo que demos a la palabra "Herejía" un sentido más lato que el que tiene en el vocabulario teológico, no la pregona tanto como nuestra devoción anhelara "predicadora de la fe, destructora del paganismo y de la idolatría".

No nos maravillemos de lo que parece omisión inexplicable. Los Apóstoles, como nadie lo ignora, se dividieron el orbe conocido y desconocido, en regiones donde cada uno predicó el Evangelio. El Apóstol de las gentes no se limitó a una comarca, sino que llevó más lejos sus peregrinaciones; más tarde vinieron otros apóstoles que completaron la obra de los primeros discípulos de Jesús, como Agustín en Inglaterra y Francisco Javier en las Indias Orientales...

No os figuréis, os ruego, que esta aseveración es hija del entusiasmo, y que mi devoción exagera. De dos regiones, que fueron una sola por varios siglos, fué Apóstol María: de la vieja España, en que nos encontramos, y de la nueva España de donde vengo.

Quando se cantan las glorias del Pilar, se habla de la multitud de mártires y confesores que surgieron en este suelo español desde que María se dignó bajar a las orillas del Ebro. Se repi-